

Sexto Domingo de Pascua A2023

Quiero comenzar la homilía con estas maravillosas palabras de San Pablo: "Sabemos que todas las cosas funcionan por el bien de quienes aman a Dios" (Romanos 8, 28). La certeza de estas palabras se evidencia en la primera lectura de hoy, ya que relaciona los eventos que ocurrieron en la iglesia primitiva después de la muerte y resurrección de Jesús.

Como los discípulos fueron perseguidos por predicar en el nombre de Jesús, muchos huyeron en las ciudades vecinas hasta Samaria. Pero, más estaban huyendo, más la palabra del Señor se estaba expandiendo hasta el punto de que muchas personas entraron en la iglesia a la gran alegría de los apóstoles en Jerusalén.

Por lo tanto, lo que fue un triste evento de persecución se convirtió en una oportunidad de bendición y gracia para la iglesia. Lo que era cierto para los apóstoles en el pasado también es cierto incluso hoy. Dios puede usar cualquier evento de nuestra vida, tan triste posible, y transformarlo en algo bueno y beneficioso para nosotros. A veces, cuando ocurre el evento, estamos tristes, llorando y preguntando por qué Dios nos ha abandonado, y cómo podría permitir que nos pase algo tan malo. Pero con oración y abandono a la Divina Providencia, podemos darnos cuenta de que Dios nunca nos dejó. Siempre estuvo con nosotros, consolándonos y alentándonos: lo bueno ha surgido de lo que fue malo.

Esta presencia permanente de nuestro Señor en la Iglesia y en nuestras vidas personales es algo que tenemos que profundizar en nuestra espiritualidad. Muy a menudo extrañamos entender la realidad de la presencia permanente de nuestro Señor porque queremos ver con los ojos de nuestro cuerpo que con los ojos del corazón. Los primeros discípulos, por el contrario, eran tan conscientes de la presencia invisible de nuestro Señor en medio de ellos que estaban convencidos de que cualquier bien que hicieron, fue porque el Señor estaba con ellos.

Esto nos ayuda a comprender por qué antes de ir al Padre, nuestro Señor promete no dejarlos huérfanos. Esto es algo que gracias a la experiencia humana podemos entender fácilmente. Por ejemplo, sabemos que cuando las personas viven juntas, terminan tan acostumbradas que se convierten en parte de la vida del otro. Si uno se muere o no existe más, todo el tejido de la vida se sacude y la vida se queda sin sentido.

Esta es la experiencia que hacen muchas parejas cuando pierden a sus cónyuges en la muerte. Debido a la realidad de la muerte, es como si la vida hubiera perdido su significado o cualquier razón de ser valiosa. Tal experiencia puede ayudarnos a comprender lo que va en la mente de nuestro Señor antes de su ascensión al Padre. De hecho, nuestro Señor ha amado totalmente e incondicionalmente a sus discípulos. Les enseñó todo lo que recibió de su padre hasta el punto de que no los contó como esclavos, sino como amigos.

Sin embargo, nuestro Señor sabía que tenía que regresar a su padre a pesar de todo el amor que tenía por sus discípulos. En tal caso, la tristeza de los discípulos habría sido grande para perder tal apoyo y enfrentar el desafío de la misión solo. Es en este contexto que prometió no dejarlos huérfanos, sino pedirle al Padre que les envíe otro Consolador, el espíritu de la verdad, para estar con ellos y asegurarles su presencia permanente.

En un lenguaje ordinario, un “Consolador” significa un defensor o un ayudante, es decir, alguien llamado para ayudar en tiempo de necesidad y problemas. También significa alguien que apoya, defiende y promueve el interés de un individuo. En términos modernos, diríamos que el Espíritu Santo es nuestro abogado. Él es el que nuestro Señor deja con nosotros para defendernos y decirnos la verdad que conduce a la salvación eterna. El Espíritu Santo lleva nuestras deficiencias y nos permite hacer frente a la vida en los pasos de Jesús. Él nos ayuda a estar atentos a los mandamientos de nuestro Señor sin los cuales sería difícil para nosotros caminar en el camino de Dios.

Incluso si físicamente no podemos ver a nuestro Señor con los ojos de nuestro cuerpo, él está presente en nuestro medio a través del poder del Espíritu Santo. Por lo tanto, no nos quedamos solos con nuestros problemas y dificultades. En cada problema que tenemos en este mundo, nuestro Señor está con nosotros de una manera invisible. Cuando a veces triunfamos sobre las dificultades de la vida, no es por nuestras habilidades, talentos o inteligencia, sino por la ayuda de nuestro Señor.

Para vivir en una buena relación con nuestro Señor, debemos ser obedientes a él. Creo que esta es la razón por la que nuestro Señor habla de la importancia de guardar los mandamientos como una condición para una verdadera amistad con él y la recepción del Espíritu Santo. Sin guardar el mandamiento es como negar la amistad con nuestro Señor. Es como un niño rebelde que no escucha a sus padres ni los respeta, sino que vive su vida como le agrada. Su desobediencia destruye su relación con sus padres. Esto es exactamente lo que nuestro Señor quiere decir.

Guardar los mandamientos de nuestro Señor, refuerza nuestra relación con él. Se manifiesta nuestro amor por él y nuestra fidelidad para vivir por la enseñanza que ha recibido de su padre. También es por esta razón que nuestro Señor dice “El que acepta mis mandamientos y los cumple, ese me ama. Al que me ame a mí, lo amaré mi Padre, yo también lo amaré y me manifestará a él”.

Después de todo, lo que se trata en final es el problema del amor. Como nos enseña la experiencia humana, es imposible aceptar los preceptos de alguien si no lo amamos. La falta de amor se crea dentro de nosotros rechazo y repulsión. Pero, más amamos a alguien, más fácil encontraremos la manera de lidiar con lo que nos pregunta. Si amamos a nuestro Señor, su Padre nos amaré a su vez y ambos habitarán en nosotros y nos llenarán con el Espíritu Santo. Anhelamos el don del Espíritu Santo para que vengamos a complacer a Dios y caminar en sus senderos. Pedimos al Señor Jesús que nos haga obedientes a sus mandamientos para que vivamos en él y el en nosotros. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 8: 5-8, 14-17; 1 Pedro 3: 15-18; Juan 14: 15-21



Fecha de la Homilía: el 14 de Mayo, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230514homilia.pdf